

## El Collar de Perlas

Cuando yo era estudiante en un colegio de internas, solía venir cada semana una de las profesoras a ofrecernos una plática sobre algún tema especialmente apropiado para señoritas. Nos alegraban estas visitas porque siempre tenían algo interesante y diferente para nosotras. Una de esas profesoras nos contó el siguiente relato, y antes de comenzar lo dijo: "Ojalá le sea de provecho siquiera a una de mis oyentes". No sé si le sirvió de ayuda a otra de las jovencitas; pero sé que por lo menos para una fue providencial, porque precisamente en esos días se hallaba en una encrucijada y le resultaba difícil decidir cuál camino seguir. Así que hoy, al reproducirlo, digo como aquella profesora: "¡Ojalá le sirva de ayuda aunque sea a uno de mis jóvenes lectores!" Y ahí va el relato.

Cuando Lucía subió a la plataforma de su pequeña iglesia para cantar un himno, vio que en la concurrencia había una señora desconocida. Como siempre, cantó con todo fervor, y su voz preciosa resonó en todos los ámbitos de la iglesia. Mientras cantaba, no pudo menos que notar que aquella desconocida escuchaba con excepcional atención.

Terminado el culto sagrado, al salir los feligreses, una amiga de su familia se acercó y le dijo que una dama quería saludarla. Después de los saludos y frases de rigor, la señora le manifestó sin rodeos: "Hija, tienes una voz maravillosa que sólo necesita ser educada para que llegues a ser una cantante famosa. Yo me ocupo en educar las voces, es decir, las voces privilegiadas. Habla con tus padres y dame la respuesta. Estaré aquí tres días. Si aceptas, haré en seguida todos los arreglos pertinentes en la ciudad de X donde vivo.

Lucía llegó muy pensativa y excitada a su casa. Le contó el incidente a su madre y le extrañó ver que, a medida que avanzaba en el relato, la expresión del rostro materno se tornaba cada vez más angustiada. . .  
-Oh, mamita, ¿no crees que sería maravilloso perfeccionar mi voz y cantar delante auditorios numerosos y selectos?

La madre le contestó con mucha prudencia, pesando cada palabra que pronunciaba:

-Querida, siempre creí que eras plenamente feliz en esta pequeña ciudad donde naciste y te educaste; donde tienes tus parientes y amistades; donde todos te quieren; donde ejerces con éxito tu profesión docente; donde un muchacho excelente y de buen porvenir quiere casarse contigo; y donde eres una bendición en la iglesia usando el don que Dios te concedió. Además... conozco a esa dama y el fin de varias personas jóvenes que fueron dirigidas por ella. Ninguna terminó como había soñado.

-Mamá, claro que he sido feliz, pero, ¿qué hay de malo en que se me ofrezcan más amplios horizontes? Claro, por un tiempo, se entiende. Además, no soy una descocada, y no veo por qué voy a terminar mal.

-Tú y yo amamos a Dios. Creo que sería bueno tomar tiempo para reflexionar y orar al respecto.

-Naturalmente. Tengo tres días de plazo para decidir.

Al día siguiente Lucía estuvo desusadamente silenciosa y esquiva. En la cena no apartó los ojos del plato, pero la madre notó que comió muy poco. También estuvo silenciosa mientras ayudaba a su madre en la limpieza de la cocina. Como de costumbre, la abuelita se retiró a su cuarto en seguida de cenar. Se había sentado en la mecedora junto a la lámpara de pie, y tejía. De pronto vio que la puerta se abría lentamente y entraba Lucía casi en puntillas. "¡Bueno, gracias a Dios!", se dijo la abuelita. Con esa sabiduría que prestan los años, el dolor y la experiencia, siguió tejiendo como si esa visita fuera lo más natural del mundo. Lucía acercó un almohadón a los pies de la anciana, se sentó en él y recostó la cabeza en las queridas rodillas temblorosas. Por un buen rato ninguna habló. La abuela dejó de tejer y con una mano acarició suavemente la sedosa cabellera de la nieta. Por fin la joven rompió el silencio:

-¿Te acuerdas, abuelita, que cuando era pequeña venía a sentarme aquí y no quería acostarme si antes no me contabas un cuento o un episodio de tu vida? Pues, abuelita, hoy quiero que me cuentes un cuento. La anciana siguió acariciando la sedosa cabellera y, después de un prolongado silencio, exhaló un hondo suspiro y dijo:

-Bien, querida, creo que entre todos los episodios de mi vida y de la familia, nunca te conté la historia de tu tía Matilde... Hoy te la voy a contar.

Por un momento Lucía dejó de respirar mientras el corazón le latía con violencia. ¡La historia de la tía Matilde siempre había sido un misterio! En la sala estaba su retrato de gran tamaño. Era una figura

resplandeciente, joven, radiante de belleza, vestida de gala, el escote orlado de gasas y en el hermoso cuello un collar de perlas.

Lucía se había detenido muchas veces a contemplar extasiada ese retrato; y desde hacía un tiempo, desde que dejara de ser niña para convertirse en una esbelta joven, cuando se miraba en el espejo le parecía que ella se parecía a su tía Matilde. Un día, con cierta timidez, le preguntó a su madre: "Mamá, ¿me parezco un poquito a la tía Matilde?" Y la madre, suspirando, contestó: "Sí, hijita, te pareces, no un poquito, sino muchísimo; y además has heredado su voz"

"Mamita, ¿por qué nunca has querido contarme nada de la tía Matilde y me has prohibido hablar de ella con la abuelita?" -le había preguntado.

"Porque es una historia triste y le causarías dolor a la abuelita si se lo preguntaras" -le había dicho su mamá.

Era evidente que hablar de la tía Matilde era tabú. ¡Y ahora la abuelita, voluntaria y espontáneamente le contaría la misteriosa historia!

Tu tía Matilde era la hermana mayor de tu madre. Era hermosa, encantadora y amable... como tú, querida; y tenía la voz de un ángel... como tú. Era querida por toda nuestra juventud y la predilecta de las personas mayores. Y cuando cantaba en la iglesia, a todos nos parecía estar por un momento en el cielo.

Una noche, cuando había un recital especial en la iglesia, una de las familias invitó a un matrimonio que escuchó con intenso interés los números en que Matilde era la solista. Y hacían comentarios en voz baja entre ellos. Cuando terminó el recital, el matrimonio expresó su deseo de saludarla. No sólo la saludaron: conversaron largamente con ella, y más de una vez.

Una de las últimas conversaciones, quizá la última, se desarrolló en la sala de este nuestro hogar. Yo hice algo feo, algo que no se debe hacer, pero andaba tan preocupada que pegué el oído a la puerta y escuché; porque durante todos esos días Matilde no era la niña de antes y me daba cuenta de que algo grave pasaba, y yo no podía arrancarle ninguna confidencia... ¡ella que siempre había sido tan espontánea y afectuosa!

No pude oír todo, pero en cierto momento la dama, en su afán de persuadirla, levantó la voz y la oí decir: "Pero, criatura, ¿te vas a resignar a vegetar en este pueblecito desconocido, cuando pudieras llegar a destacarte como cantante de primera magnitud? Créeme, mi esposo y yo sabemos descubrir las voces que triunfan; y tu voz es de éstas. Yo me ocuparé de adiestrarla; mi esposo será el empresario y en poco tiempo tendrás grandes y selectos auditorios subyugados por tu voz. Y triunfarás en ciudades importantes de distintos países, y llegarás a ser célebre. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Además podrás vestirme como tu bella figura merece. Y escucha: para tu primer gran recital te regalaré un collar de perlas. ¡Qué bien lucirá en tu hermoso cuello!"

Y Matilde se nos fue, a pesar de nuestros ruegos y lágrimas. . .

La dama tenía razón -continuó la abuela-; Matilde triunfó en poco tiempo, y viajó, y cantó ante numerosos auditorios, y la crítica la elogió. En un cajón de mi cómoda tengo recortes de los periódicos, con su fotografía y elogiosos comentarios. Al principio escribía con frecuencia, eufórica y deslumbrada. De repente las cartas empezaron a ser cada vez más lacónicas y espaciadas. Tampoco nos enviaba recortes de los periódicos. Por fin, repentinamente llegó un telegrama con la noticia que mi intuición de madre hacía tiempo sospechaba: "Llegaré a casa tal día. Voy muy enferma".

La joven demacrada, pálida y escuálida que recibimos en la estación no era ni la sombra de la Matilde que habíamos despedido con dolor pocos años antes.

Cuando la estreché entre mis brazos me dijo con desesperante estoicismo: "Vengo a morir en casa. No llores, madre; yo escogí este camino".

Su organismo estaba enteramente minado por la tuberculosis. Cuando los médicos creyeron que ya no tenían nada más que hacer, le aconsejaron "regresar a casa, alimentarse bien y descansar mucho". Le prodigamos todos los cuidados posibles y la rodeamos de cariño y solicitud. Pero había regresado demasiado tarde... Un día, cuando se dio cuenta de que su fin se acercaba, me llamó y me dijo con voz débil: "Madrecita, en el cajón de la mesita de luz hay una llave con un cordón dorado... ¿La hallaste? Bueno, abre ese cofre de nácar que está sobre la cómoda. .. Bien, allí hay un collar de perlas. Tráemelo, por favor". Con el corazón dolorido fui cumpliendo cada uno de sus pedidos. Tomó el collar con sus manos temblorosas y enflaquecidas. Lo miró largamente con un rictus amargo en los labios descoloridos. Luego,

gruesas lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas. Al fin me dijo con voz apenas audible: "Madre, esto es lo único que me queda de todos mis sueños de gloria, placeres y riqueza. En cierto sentido podría decir que vendí mi paz y mi alma por un collar de perlas"

Tu madre y yo oramos mucho por ella, y oramos también junto a su lecho de dolor. La iglesia entera oró por ella. Sólo Dios sabe si antes de morir hizo la paz con él.

Hacia rato que la falda de la abuelita se había humedecido con el llanto silencioso de Lucía. También ella sintió que unas lágrimas ardientes caían sobre sus cabellos.

Reinó un rato de silencio consolador. Luego Lucía se levantó, besó tiernamente el rostro surcado de arrugas y dijo en voz baja: "Gracias, abuelita; no te imaginas todo el bien que me has hecho con tu sacrificio de contarme esta historia dolorosa". Salió, cerrando suavemente la puerta. Entonces la anciana sonrió entre sus lágrimas, murmurando: "Gracias, Señor, porque me diste fuerza para hacerlo".

Lucía fue en busca de su madre, la abrazó estrechamente y le dijo: "Buenas noticias, mamá; ya todo está resuelto para bien. En este hogar tan feliz y tan querido, la historia de tía Matilde no se repetirá. Mañana le daré la respuesta a la Sra. X".

La madre sólo pudo decir: "Gracias, Dios mío", mientras la besaba repetidas veces. Antes de acostarse, Lucía se arrodilló junto a su cama y agradeció a Dios por todas las preciosas bendiciones que estuvo a punto de perder: un hogar dichoso donde era el centro del entrañable amor de dos mujeres dechado de virtud y genuina fe en Dios; un grupo de jóvenes de ambos sexos, de principios sanos y vida feliz, que la querían con sinceridad y sin intereses mezquinos; su pequeña ciudad natal donde habían transcurrido los años felices de la infancia y donde todas las personas adultas la habían visto crecer, y eran sus "tíos" y "tías" y "abuelitos"; el colegio donde cursó sus estudios elementales, secundarios y superiores; la pequeña iglesia adonde concurrió desde que tenía uso de memoria para rendir culto a Dios, y donde tantas veces alabó al Eterno con el don maravilloso de su voz... ¡y con cuánto fervor los mayores decían conmovidos: "¡Amén! ¡Amén! ", cuando ella terminaba de cantar! Sí, fue una oración más larga que de costumbre, porque recordó tantos motivos para dar gracias a Dios... y cuando deslizó el cuerpo entre las sábanas se dio cuenta de que se iba a quedar dormida en seguida. . . y una dulce paz inundó su corazón.